

De la plantación a la nación: un viaje de ida y vuelta

EN LA MEDIDA EN QUE SE PROLONGA LA CRISIS ECONÓMICA, política y social de Cuba —según el régimen de Fidel Castro demuestra una mayor ineptitud para la gestión pública, y la corrupción agrede todos los estratos de la ciudadanía— los cubanos, de dentro y fuera, vamos cobrando conciencia de que algo más siniestro que un mal gobierno o un gobierno tiránico le ha ocurrido a nuestro país, que a la sociedad cubana la aqueja un mal que, al parecer, logra pervertir la idiosincrasia misma del pueblo. Cada vez con mayor frecuencia se oye emplear entre cubanos —tanto entre los que han vivido en el exilio por muchos años, como entre los que acaban de llegar— la palabra «envilecimiento» para referirse al ambiente que prima en Cuba y que, al parecer, no sólo ha terminado por arruinar o desacreditar a casi todas las instituciones, sino que también ha minado todos los valores, subvertido la moral ciudadana y aniquilado, por así decir, toda noción sustentadora, todo concepto de raigambre.

De suerte que la acentuación de esta crisis desde que comenzaran a flaquear los cuantiosos subsidios del desaparecido bloque soviético, ha ido acrecentando, al mismo tiempo, nuestra conciencia de frustración, pesimismo e impotencia ante lo que parece un proceso irreversible de degradación. Y es así que ya somos muchos los que creemos que no es Cuba como Estado, o como sociedad organizada, la que ha sucumbido a la devastación totalitaria, sino la nación misma la que ha naufragado, haciendo retroceder al pueblo cubano a un nivel anterior de su desarrollo; y de ese retroceso, si bien con matices de diferencia, no escapamos los cubanos que vivimos en el exterior, los exiliados. La nación cubana parece perder su carácter sustantivo allá y aquí. Y esa sola consideración es de tal peso y de significación tan radical que, de suyo, hace poner en duda de inmediato todas —o casi todas—

Vicente Echeverri

nuestras teorías y estrategias para la llamada «reconstrucción nacional» y nos obliga a un cuidadoso replanteo que, como es lógico suponer, compromete de manera agónica el destino personal de los que nos sentimos parte de esa nación. Este trabajo pretende ser una contribución a ese replanteo.

Definamos que una nación no es el equivalente a la sociedad políticamente organizada, es decir, no es el Estado, al cual en muchos casos antecede —si bien el Estado en algunas de sus formas primitivas, tal como el de algunas ciudades de la antigüedad y la Edad Media, o el de los grandes imperios clásicos, puede existir sin la nación—, ni es tampoco esa formulación geopolítica-espiritual que llamamos patria. Nación es en sí un segmento de la sociedad humana que ha alcanzado una identidad que la separa del resto del mundo, porque sus integrantes comparten la posesión de un suelo propio, o la aspiración a poseerlo, así como una común civilización, costumbres, lengua, etc. Hasta aquí convendrían muchos tratadistas; yo agregaría que se trata de un acto de *complicidad histórica*, a veces de siniestros orígenes —conquista, esclavitud, etc.— de los que participan de la herencia de un suelo y de unas tradiciones empeñados en un proceso vivo que endereza hacia un superior estadio moral.

La mera existencia de un pueblo no basta para darle categoría de nación, y la mera existencia de una nación en un momento del tiempo no es garante de su permanencia. Un pueblo es siempre el substrato básico de una nación, pero no su equivalente, acaso todo pueblo, aun los más bárbaros y atrasados, sea una nación en ciernes, pero no todos los pueblos cuajan en nación. Digamos que la nación es un pueblo que descubre y asume una identidad.

Es debatible entre historiadores si el pueblo cubano llegó a alcanzar en algún momento el estadio de nación en su sentido más completo. El desaparecido Leví Marrero, sin duda nuestro primer historiador contemporáneo, ve más bien la nación cubana como un proyecto, como una identidad a la que un pueblo tiende, un proceso perfectible cuya culminación el cubano no había alcanzado aún antes de las conmociones que malogran ese proceso, es decir, una nacionalidad en ascenso, eso que a él le gustaba llamar «la cubanía». La génesis y el desarrollo de este proyecto y las causas del virtual fracaso de hoy es, en esencia, el tema que aquí exploraremos.

El origen de una identidad nacional hay que ir a buscarlo al pasado como si fuese una partida de nacimiento. Cuando esa identidad se ve amenazada, como lo está la nuestra en el presente, esa búsqueda adquiere rango de deber. Es el propio Marrero quien al final del prólogo de su obra monumental *Cuba: economía y sociedad*, nos subraya elocuentemente este imperativo: «Explorar este pasado...es un desafío para quien no se resigna a que le prefabriquen o reescriban la historia a la cual le vinculara el destino».¹

En base a esta aseveración puede decirse que la búsqueda de una identidad nacional consta de dos componentes: uno de obligación y otro de azar. El término «destino» subraya lo azaroso, nuestra condición accidental de cubanos,

¹ Levi Marrero, *Cuba: economía y sociedad* (Madrid, Playor, 1978) XII.

lo cual es particularmente cierto en un país como el nuestro donde, con la extinción de sus pobladores más antiguos, todos tenemos un inmigrante, más o menos cercano, en la sangre. La obligación es ineludible, sobre todo frente a un sistema que ha agredido directamente esa identidad queriendo escindir al pueblo cubano de sus raíces.

La más pavorosa revelación de la película cubana *Fresa y chocolate* es comprobar que el «hombre nuevo» formado por el totalitarismo marxista es una suerte de ser ahistórico, al que deliberadamente han privado de su pasado y que, aunque puede identificarse de un modo precario con eso que llaman lo cubano, es alguien en quien la identidad nacional está prácticamente obliterada. Si este individuo, castrado de la memoria histórica, es el modelo del cubano de hoy, bien podemos afirmar la inexistencia del proyecto nacional.

Por otra parte, sería un acto de soberbia pretender que nuestro pueblo exiliado conserva mucho mejor esa identidad que los que viven en Cuba, si bien es cierto que son muchos los compatriotas nuestros que han trabajado individualmente para conservarla. Pero, estos empeños individuales no bastan: huésped —en su mayoría— de la cultura más pujante del siglo, la nación cubana exiliada se ve afectada por constantes perversiones y adulteraciones —groseras unas, sutiles otras— y, si sus logros económicos han merecido justamente un amplio reconocimiento, fracasa cuando no custodia o ampara debidamente sus tradiciones y su cultura, o cuando las divulga de manera paródica.

LA GÉNESIS DE LA NACIÓN

Volvamos pues, a los orígenes. A fines del siglo XVIII Cuba no era más que una plantación sostenida por mano de obra esclava, a la que vienen españoles de diversos rangos a lucrar.

¿Cómo se gesta, en esa plantación, la conciencia de esa diferencia, que antes apuntábamos? ¿Cómo madura el proceso de esa complicidad histórica? Antes de hacer un recuento somero de la evolución de ese proyecto nacional en el tiempo, propondría, a manera de premisa, que lo viéramos contenido, o definido, en el marco de ciertos parámetros, sin los cuales no podría explicarse:

En primer lugar hay que tener en cuenta a España, y no sólo por lo obvio de nuestra herencia española, del hecho de que los cubanos somos, en gran medida, españoles de ultramar, sino a España como la resistencia contra la cual se va forjando el carácter de lo cubano. Aunque en Cuba el separatismo no se desarrolló con la misma celeridad que en el resto de la América hispana, España reprimió por muchísimo más tiempo el impulso de los cubanos a separarse, y esa resistencia produjo una de las luchas más largas y enconadas del continente, con secuelas que, a largo plazo, podrían responsabilizarse del hundimiento del proyecto nacional. Por mucho que nos mueva la generosidad hacia el país de nuestros antepasados, los cubanos no debemos olvidar que la mayor contienda de nuestra historia fue contra España.

En segundo lugar, la vecindad de los Estados Unidos, cuya influencia en la vida cubana, casi siempre benéfica, se ejerce desde mucho antes de que sus tropas vinieran a poner fin a nuestro largo conflicto con España. La existencia

de Cuba a las puertas de Estados Unidos, una nación cuyo poder creció a la par que se desarrollaba nuestra conciencia nacional, no sólo es un elemento que no podemos ignorar, sino que resulta un ingrediente indispensable de nuestro desarrollo, sin el cual no podríamos cabalmente explicarnos.

En tercer lugar está la composición racial del pueblo cubano o, más que eso, la esclavitud y la trata del negro, cuya masiva importación estaba llamada a alterar el perfil poblacional de una nación que sus fundadores concibieron desde una perspectiva blanca y europea.

Finalmente, y muy ligado a lo anterior, debe anotarse el auge de la industria azucarera que redujo a un distante segundo plano el resto de los productos del país y nos convirtió básicamente en un país monoprodutor. Estos últimos dos factores, azúcar y esclavitud, fueron el signo de contradicción de la clase empeñada en la renovación y los cambios, cuyo poder económico se derivaba directamente de la producción azucarera que, a su vez, dependía de la mano de obra esclava. De suerte que, como muchos historiadores cubanos ya han señalado, el azúcar, y el modo de producirla, fueron a un tiempo responsables de la prosperidad económica de Cuba y del retraso de su independencia política.

Es bueno resaltar en este punto que la gestión independentista no es idéntica al proyecto de la nación, sino tan sólo un aspecto del mismo y no el más permanente, un aspecto que sin duda fue cobrando peso y pertinencia en la vida pública cubana según avanza el siglo XIX y el espíritu nacional se aguza frente a la intransigencia del poder colonial.

En su libro *Las ideas en Cuba*, Medardo Vitier señala cuatro criterios o direcciones en la formación nacional o, como él mismo lo llama, «en lo concerniente al modo de superar la comunidad».²

El primero de estos criterios, es la intención revolucionaria, continua o intermitente, de signo anexionista en un momento y de marcado carácter independentista luego.

El segundo es «una preocupación educacional para formar una comunidad coherente, consciente».³

El tercero es lo que él llama «la reiterada petición de reformas políticas».⁴ Llamémosle nosotros la vertiente reformista.

Y por último, la preocupación sociológica sobre la población cubana, que, en el ámbito intelectual se hace eco de la inquietud por la escasez de población blanca en Cuba hasta el inicio de la Primera Guerra de Independencia, y aún después.

Agrega Vitier, «no se puede conocer a fondo nuestro siglo XIX sin atender a estas cuatro actitudes en que la cubanidad oscila de lo radical a lo cauteloso y previsor».⁵

² Medardo Vitier, *Las ideas y la filosofía en Cuba* (La Habana, Edit. de Ciencias Sociales, 1970). p 71.

³ *Idem.*

⁴ *Idem.*

⁵ *Ibid.* p. 72

Hay empero un denominador común que unifica estas actitudes que, por diversos métodos y senderos, laboran en pro de una identidad cubana. Se trata de una clase, una minoría guiadora que, con toda razón, podemos llamar *aristocracia*. Algunos miembros de esa aristocracia tendrán títulos nobiliarios —otorgados por la corona muchos de ellos a cambio de dinero o como excepcionales mercedes por servicios prestados—, pero no es en este sentido con que uso aquí esa palabra, ni tampoco en el de la «aristocracia del espíritu», término que acuñó Ralph W. Emerson en el siglo pasado. Se trata en nuestro caso de los miembros de una *élite* criolla, que ciertamente posee cuantiosos bienes de fortuna derivados, casi en su totalidad, del trabajo de las haciendas; pero que, estrechamente asociados con los intelectuales, o intelectuales ellos mismos —nutridos por el espíritu de la época, e imbuidos de las ideas liberales que, en lo económico y en lo político, llegan de Europa y de Estados Unidos— deciden otorgarle a lo cubano, a Cuba, jerarquía de nación, aunque este esfuerzo resultara bastante balbuciente al principio. ¿Cómo esto se produce? ¿Qué rumbos sigue?

A finales del siglo XVIII esta *élite* no tiene aún una clara conciencia política, eso vendrá más tarde, pero el enciclopedismo liberal que prima en la corte de Carlos III se refleja en La Habana del último tercio de siglo con la presencia de varios gobernadores que representan los ideales de la ilustración: Ambrosio Funes de Villalpando, Antonio María de Bucarely, Felipe Fondesviela; toda una lista de notables magistrados al final de la cual descuella la figura de Don Luis de las Casas, que gobierna en Cuba de 1790 a 1796.

Para Cuba comienza una época de altísima prosperidad que luego se conocería como el *boom* azucarero. La preocupación de la *élite* cubana no es todavía política: la obsesiona la idea del progreso, la aplicación de la física mecánica al trabajo industrial, la puesta en práctica de las últimas tecnologías agrícolas, el desarrollo de la educación y, desde luego, la libertad mercantil, el *laissez faire* que proponen los fisiócratas.

Con este espíritu se funda en enero de 1793 la *Real Sociedad Económica de Amigos del País*, la más antigua y duradera de todas las instituciones cubanas, pues se mantuvo funcionando sin interrupciones hasta que el régimen actual la disolvió. Se creó respondiendo al impulso civilizador de Carlos III y a semejanza de otras sociedades de igual nombre que aparecieron en la segunda mitad de ese siglo justamente llamado de las luces. En Santiago de Cuba ya funcionaba una de esas sociedades. La de la capital se fundaría a instancias de un grupo de 26 prestigiosos habaneros entre los que descollaban Francisco Joseph Bassave, el conde de Casa Montalvo, Juan Manuel O’Farrill y Don Luis Peñalver, nombres que hoy apenas si son conocidos entre los cubanos y que, sin embargo, pueden reclamar para sí el justo título de fundadores. Don Luis de las Casas fue el primer presidente de la Sociedad, y los primeros servicios de que ésta se ocupó fueron los de agricultura e instrucción pública. Ya en pleno siglo XIX, los estatutos se modificaron varias veces para ir ampliando esos primeros horizontes. La Sociedad se ocupará también de estadística y comercio, de industria popular y de historia, fomentará la

pesca, atenderá el crédito del país y su solidez. Laborará en pro de la literatura y de las artes.

Pero donde la Sociedad Económica hace una contribución notable es en el campo de la educación, entre las que vale destacarse la creación, en 1818, de la cátedra de Economía Política en el Seminario de San Carlos —que, por sí solo, será una institución de importancia y que merece espacio aparte—, cátedra que ocupan sucesivamente Justo Vélez y Antonio Bachiller y Morales. También en 1818, consta en las actas de la Sociedad el proyecto de una escuela de náutica, y ese mismo año la corporación creó una academia de dibujo que reorganizó en 1832 y denominó de «San Alejandro», en memoria del intendente Alejandro Ramírez, la cual permanece abierta hasta el día de hoy. En 1845, la Sociedad abre una cátedra de contabilidad mercantil y, en 1846, una escuela de maquinaria, con medio centenar de alumnos, donde se impartían dibujo, geometría, planimetría, y otras disciplinas mecánicas. A estas cátedras y centros se agregan la creación de un jardín botánico y una cátedra de química que fueron las primeras creaciones de la corporación, y su intensa labor en pro de la extensión de la enseñanza primaria.

A esta noble organización que, con insigne modestia, define su existencia como un acto de amistad hacia su país, se asocia, en el plano fundador de las ideas, el Seminario de San Carlos y San Ambrosio que sigue abierto en Cuba como casa de estudios teológicos pero que, en sus orígenes, también era plantel de disciplinas seculares, donde ejercieron su magisterio pensadores decisivos para la definición nacional, como son el P. Agustín Caballero, Félix Varela, José de la Luz y José Antonio Saco entre otros ilustres.

El Seminario nació veinte años antes que la Sociedad Económica y de ella dice Vitier en la obra que citamos: «ningún otro centro docente ha logrado en Cuba vivificar y orientar por modo tan enérgico y notorio el espíritu de las minorías animadoras, si no siempre dirigentes, como el seminario de San Carlos, cuya acción se sintió cabalmente en el período en que se escindía la sociedad colonial, para destacar, distinta, y con programa histórico, la cubanidad».⁶

El 31 de octubre de 1790 comenzaría a circular en Cuba el *Papel Periódico* que, aunque antecede en existencia real a la Sociedad, se convertirá luego en uno de sus principales instrumentos. Es muy temprano para ver en esta publicación un órgano definitorio de lo cubano; pero tiene el privilegio de haber sido el primero —con excepción de la oficial *Gaceta de la Habana*— en el camino de muchas otras publicaciones que aparecerían años después y que constituyen un factor de inmensa importancia en los primeros intentos de formar un carácter nacional en el siglo pasado, especialmente la *Revista Bimestre Cubana*, y las posteriores *Revista de Cuba* y *Revista Cubana*. Rebasaría los límites de este espacio hacer un recuento somero de estas publicaciones y de sus índices, en los que pueden constatarse los vastos intereses de esta *élite* intelectual cubana y los trabajos formativos que publicaron en ellas.

⁶ *Ibid.* p. 33.

Hasta aquí hemos señalado tres aspectos esenciales del quehacer de la clase orientadora que echa los cimientos de la nación en lo que concierne a una de las maneras —conforme a la clasificación de Vitier ya citada— en que procuraron definir lo cubano: su preocupación o vocación educacional, que prima sobre sus otras inquietudes durante las décadas iniciales del siglo XIX, pese a que en ese tiempo tienen lugar las primeras conspiraciones independentistas y que algunos cubanos notables tienen que marcharse para siempre al destierro. Todavía la mayoría de los miembros de esa aristocracia cree en la posibilidad de una avenencia con España que atenúe sustancialmente, si no elimine del todo, los abusos del poder colonial contra los criollos. El reformismo está en boga, y los cubanos más talentosos se comprometen con él. En España misma hay espasmos de liberalismo, y la constitución de 1812, que también rigió en Cuba, se implanta de nuevo en 1820 cuando ya el imperio español en América se ha perdido. En 1823, Fernando VII restablece el despotismo y poco después le concede a los capitanes generales de Cuba el ejercicio de facultades omnímodas que nadie pareció ejercer con mayor dureza que Miguel Tacón. En 1836, cuando en España se reinstaura la Constitución, Cuba se queda al margen de ese adelanto, acentuándose así su condición de colonia. Pese a que algunos cubanos prominentes —como Heredia, Valera y Saco— ya han conocido el exilio político, muchos sustentaron aún esperanzas de un avenimiento hasta esa fecha. A partir de entonces, el separatismo se acentúa; y aunque volverá a haber reformistas después del Pacto del Zanjón, y el reformismo —bajo el nombre de autonomismo— será capaz de contar con algunas de las primeras inteligencias del país aún después de la devastadora campaña de Valeriano Weyler, en lo adelante primará el recelo y la desconfianza. La tozudez de España será responsable, en gran medida, de que los cubanos se hicieran tan devotos del nefasto recurso de la revolución.

AZÚCAR Y POBLACIÓN

Una profunda contradicción social va a afectar desde sus orígenes y durante buena parte del siglo XIX el desarrollo del proyecto nacional: se trata del factor racial y, particularmente de la esclavitud y la trata de los negros. La aristocracia cubana que sueña convertir en nación a aquella plantación envilecida por la esclavitud es ella misma producto del trabajo esclavo; su riqueza depende, básicamente, de los ingenios azucareros y, en menor medida, de los cafetales. El auge de la industria azucarera que, tras el colapso de Santo Domingo, lleva a Cuba a adueñarse de ese mercado en el siglo XIX, justifica la importación masiva de mano de obra esclava que, según aumenta, altera la composición étnica del pueblo cubano y añade un ingrediente de inestabilidad que, paradójicamente, es un freno para el cambio político y social. De ahí por qué el abolicionismo tiene pocos defensores entre la clase alta cubana y entre muchos de los intelectuales que la respaldan. El ejemplo de Haití —donde una sangrienta rebelión de esclavos había barrido a un tiempo con los blancos y con la economía— estaba muy presente en la memoria de los plantadores liberales que aspiraban a un nuevo orden, y quienes temían, por igual,

una sublevación de los negros o los efectos desintegradores que traería para la economía y la vida del país una manumisión general. Los más lúcidos recomendaban la abolición gradual en tanto rechazaban con auténtica repulsión la trata; pero a esto se oponía la exigencia misma de una industria creciente que, si bien daba altos rendimientos, no tenía suficiente capital, en la mayoría de los casos, para incorporar los adelantos en materia de máquinas que había introducido la revolución industrial. El resultado neto fue que en Cuba entraron en el siglo XIX más negros que nunca antes en los trescientos años que ya duraba la importación de africanos.

Para agregarle una contradicción aún mayor a este cuadro, hay que tener presente que, a partir de 1820, Gran Bretaña le impuso a España y a los Estados Unidos la terminante prohibición de importar africanos a América, dando lugar con ello a la trata clandestina, que costó la vida a millares de infelices hacinados en las sentinas de los barcos negreros y quienes muchas veces terminaban en el fondo del mar, adonde los lanzaban encadenados cuando los traficantes estaban en peligro de ser capturados por la marina inglesa.

A pesar de estas dificultades —que encarecieron extraordinariamente el precio de los esclavos— la población negra no cesó de aumentar en Cuba, y hacia mediados de siglo sobrepasaba a la blanca, para inquietud de los plantadores liberales y de sus aliados. Cuando Richard Henry Dana, Jr. visitó la isla en 1858, calculó que había en ella no menos de 650.000 esclavos —si bien esta cifra estaba bastante por debajo del censo del año anterior— que sumados a 200.000 libertos hacía ascender la población negra del país a 800.000 habitantes, en tanto la población blanca era sólo de 700.000.⁷

Para esa fecha, las contradicciones entre los criollos y los españoles se han agudizado, siendo las autoridades las que parecen favorecer más la abolición y el adelantamiento de los negros libres, incluso el de permitirles que se alistaran en el cuerpo de voluntarios, un privilegio que pocos criollos blancos tenían. Esta política es percibida por los hacendados blancos, según lo cuenta el propio Dana «como un intento, de parte de las autoridades, de asegurarse la simpatía y la cooperación de los negros libres, en caso de un movimiento revolucionario».⁸ Aún habrían de pasar diez años antes de que estallara ese movimiento, en el cual algunos plantadores cubanos —Carlos Manuel de Céspedes el primero— tomaron la audaz iniciativa de liberar a sus esclavos e incorporarlos a la revolución. Existe la teoría, nada despreciable, de que los hacendados se apresuraron a tomarle la delantera a los españoles que, de haber proclamado la abolición general —tal como había hecho Abraham Lincoln durante la Guerra de Secesión— hubieran podido levantar una milicia formidable de ex esclavos contra sus antiguos amos. Pero la iniciativa sería de los cubanos, y los esclavos de muchas plantaciones criollas se convertirían en *mambises*.

⁷ Richard Henry Dana, Jr., *To Cuba and Back* (Southern Illinois Univ. Press, 1966). p. 109, 120.

⁸ *Ibid.* 121.

La decisión de Céspedes —aunque fuese dictada más por la política que por la moral— resolvió el dilema cubano del siglo, y la experiencia de 10 años de guerra fue un factor decisivo para acelerar la integración racial que, justo es decirlo, ya había avanzado bastante en el plano civil para los libertos, quienes, al amparo de la ley existente, prosperaban en múltiples profesiones e industrias.

Los plantadores habían tenido suerte —al menos en las provincias orientales donde se libró fundamentalmente esta guerra de 10 años— porque la mano de obra esclava que la inevitable mecanización ya iba haciendo obsoleta, quedaba neutralizada o incorporada a la causa de la revolución. A diferencia de otras islas del Caribe, Cuba no se convertiría en un país negro —lo cual se tenía como causa del atraso de colonias que alguna vez habían sido prósperas. Hacia fines de siglo, la población blanca superaba a la negra, y este patrón se mantuvo, e incluso se acentuó durante la era republicana hasta este último tercio de siglo en que parece haberse revertido drásticamente.

Pero la guerra, al tiempo que funcionaba como un recurso de aceleración de la nacionalidad, y forzaba o estimulaba la integración racial, arruinaba —y, de alguna manera, desintegraba— a la clase que la iniciara. La contienda había sido larga, y España había sido pródiga en castigos y represalias. El patriciado cubano que comenzara la Guerra de los Diez Años se encontraba empobrecido y disperso en 1878. La Paz del Zanjón no le devolvería los bienes que el gobierno colonial le confiscara, ni tampoco el Tratado de París, veinte años después, que pasaría el arbitraje de los asuntos de Cuba a los norteamericanos.

LA INFLUENCIA NORTEAMERICANA

Es un error común suponer que los norteamericanos entraron en la política de Cuba a partir de la intervención militar con que pusieron fin a la dominación española en la isla. La relación de Cuba y los Estados Unidos comienza temprano, y esa relación, desde el día en que las damas habaneras recaudaron dinero para socorrer al ejército de George Washington durante la Guerra de Independencia, fue de mutua simpatía. Cuando España levanta el monopolio comercial, el mercado natural de Cuba sería Estados Unidos, donde, además, los norteamericanos han de invertir, en tierras y en industrias, a lo largo de todo el siglo XIX. Los productos norteamericanos —especialmente maquinaria industrial— encuentran en Cuba un creciente mercado, y los progresos de la joven república se apreciarán en Cuba primero que en otros países. Esto último fue una constante de la buena vecindad, por ello en Cuba corrió el ferrocarril antes que en España y, por la misma razón, y más de un siglo después, los cubanos disfrutaron de la televisión primero que muchos países de Europa. Con la adquisición de la Luisiana, La Habana se convertirá en la escala obligada de los barcos de carga y pasajeros que transitan entre Nueva Orleans y Nueva York, y la afluencia de viajeros, que vienen a divertirse o a escapar de los rigores del invierno aumenta de año en año. Por su parte, el azúcar y el tabaco de Cuba irán abriéndose paso en Estados Unidos y los

hijos de los ricos cubanos vendrán cada vez en mayor número a estudiar a Boston, Nueva York y Filadelfia. Por supuesto, este país sería el lógico refugio de los exiliados políticos desde que arreciara la represión colonial y el punto de reunión, conspiración y envío de expediciones de los cubanos exiliados. Sería en un edificio de la ciudad de Nueva York donde habría de ondear por primera vez la bandera de Cuba.

No creo que puedan pasarse por alto las intenciones anexionistas que animaron a varios políticos norteamericanos y que también varios cubanos alentaron en el siglo XIX, por parecerles que era la fórmula que combinaba la libertad con la seguridad. Sin embargo, ese proyecto —que se intentó consumir más de una vez, mediante compra o mediante acción militar— no prosperó. Creo yo que se oponía a él la formación de una idiosincrasia, de una peculiar fisonomía, que si bien disfrutaba de las prebendas que le brindaba la cercanía norteamericana, era fiel a sus orígenes y a su propia trayectoria; acaso también el temor de muchos hacendados criollos de ser despojados o suplantados por una inmigración anglosajona, tal como había ocurrido en Texas y California. En la medida en que el siglo avanza y el sentimiento independentista se acentúa, el anexionismo deja de ser mirado como una alternativa. Su decremento es parejo al ascenso de la nación, una nación que sus mejores hijos han cimentado con su fortuna y con su sangre.

No obstante, la influencia de los Estados Unidos no hace más que crecer. En la década que sigue a la Guerra de los Diez Años aumentan notablemente las inversiones norteamericanas en Cuba. Los señores del azúcar arruinados por la guerra, o sin suficiente capital para mecanizar la industria, comienzan a vender sus tierras y sus ingenios y los norteamericanos los compran, a veces a precios irrisorios, y los refunden en nuevas y gigantescas fábricas que inauguran toda una época en la producción azucarera. Comienza así la era del *central*, que es típicamente norteamericano, aunque, desde el principio, haya centrales cubanos y españoles en Cuba. Por su parte, muchos fabricantes de azúcar se convierten en cosecheros, en «colonos», dedicados ahora tan sólo a vender la caña a los centrales. Este proceso se desarrolla años antes de nuestra última contienda contra España; de suerte que cuando los norteamericanos finalmente se deciden a intervenir, no es menos cierto que también estaban haciéndolo en defensa de sus intereses.

Mientras esto ocurre en Cuba, en Estados Unidos un cubano excepcional —que aunque de humilde origen es, por la cultura y el espíritu, la culminación de esta estirpe fundadora de la nación— prepara una nueva guerra de independencia para su país. No voy a hacer ahora el elogio de José Martí que, desde hace mucho, se encuentra a la cabeza de nuestra hagiografía nacional; sólo destacar que si bien ha sido el más elocuente y grande de los cubanos, no es un milagro en nuestra historia sino más bien el vástago más noble y último de un linaje que desde la cátedra, la tribuna, la imprenta, el estrado del legista y el banco del investigador se empeñó en perfilar la nacionalidad a lo largo de nuestro siglo más fecundo. En él alcanza su máximo destello esa clase de cubanos que quiso que los hijos de esa isla de mercaderes,

negreros y esclavos se sentaran a la mesa de las naciones. Como el Padre Varela, él le rendiría culto a la libertad; y, al igual que José de la Luz, la educación sería su fanatismo. En él concurrían la pasión por la independencia y la fe en el progreso y la razón. Aunque murió casi al comienzo del siglo XX, es más el abanderado, el portavoz, el resumen magnificado de los próceres y mentores que le anteceden; él será la cima del proyecto nacional, que luego se torna decadente. La guerra de Martí no sería «generosa y breve» como él quería, no podría serlo. España opuso la mayor resistencia, y el país, apenas repuesto de la guerra anterior, quedaba ahora física y espiritualmente exhausto. Al final, lo que prevalecía de lo cubano se identificaba con el liderazgo militar. La Revolución —gracias a esta brutal y sangrienta contienda— adquiriría carta de naturaleza como expediente político. En la nueva era faltarían los grandes educadores del siglo anterior; generales y doctores de pacotilla habría de sobra.

LA DESCOMPOSICIÓN DE UN SUEÑO

La república debía ser la encarnación del sueño nacional, pero escaseaba el material humano y sobraban las ambiciones. Además, a la república llegamos por la mediación de los Estados Unidos, y esto se tradujo como prueba de ineptitud y frustración. Estas opiniones son ya lugares comunes de historiadores y comentaristas de lo cubano, yo no me ocuparé de cuestionarlas. Creo que la mediación norteamericana —que se llevó a cabo en connivencia con el liderazgo independentista cubano apoyado por la prensa que le era simpática— sí resultó generosa y breve y ayudó —en el orden económico— a echar los cimientos de un país que adelantaría bastante en muchos órdenes en las próximas décadas; pero esa intervención fue también demasiado generosa con los enemigos de Cuba, con el capital español que se había enriquecido con los despojos de nuestros patricios y con los cómplices de la opresión, y, en ánimo de apaciguar, los norteamericanos dejaron bastante intacta la estructura del poder colonial y en la miseria a los cubanos que lo habían dado todo por el sueño de la nación, privando de este modo al remanente de nuestra natural aristocracia de los medios para influir decisivamente en la vida pública.

De ahí por qué los ricos cubanos del siglo XX se comportan de manera tan diferente a nuestros hombres de fortuna del XIX. Sucede que, en su mayoría, son otros, logreros y rastacueros del coloniaje que la nueva Cuba se ve obligada a respetar. Es una clase filistea que vive para el lucro y que, como toda burguesía nueva, se conforma con las imitaciones. La crueldad de la guerra ha hecho popular el cinismo. Las bienandanzas de la paz favorecen el acomodamiento. Jorge Mañach, acaso la mente cubana más lúcida de la primera mitad de este siglo, consigna esta precoz decadencia republicana en su conferencia *La crisis de la alta cultura en Cuba*, que dicta precisamente en la Sociedad Económica de Amigos del País en 1925: «la hora del triunfo marcó también un momento de penuria espiritual que todavía estamos viviendo. Nuestra Cuba se abandonó a una gozosa lasitud, a una como disposición

apoteósica, franca a todas las voluptuosidades, reacia a todos los rigores»;⁹ y las primeras décadas de la república las juzga como «un epinicio confuso y estéril, un desbandamiento de milites orondos, con algo de vandalismo hacia la cosa pública y mucho de caudillaje y de indisciplina».¹⁰

Mañach es optimista, considera que es un mal pasajero, lo explica como una secuela del triunfo de una revolución política que «trae consigo, fatalmente al parecer, un período sucesivo de apatía, de indignancia ideológica y de privanza de los apetitos sobre el ideal».¹¹

Los males están bien descritos, el diagnóstico, en cambio, no es acertado. Los vicios que aquejan a la nación son permanentes, no transitorios. En Cuba el espíritu público se degrada constantemente, pese a que coincide con algunos momentos de gran actividad económica. El país prospera, la nación se hunde. El desdén de los ricos se hace cada vez más insultante, y el resentimiento de los intelectuales cada vez más acerbo. La canalla que medra y manda en la política aumenta parejamente su insolencia. De vez en cuando, algún santón, algún demagogo, algún gángster, invoca la revolución como una palabra mágica que curará todos los males. Los revolucionarios, por tanto, tienen un porvenir. Desde 1933, todos los políticos son revolucionarios, tanto del gobierno como de la oposición. La seriedad de instituciones y jerarquías ha sido socavada por la improvisación y el escarnio, el «cho-teo» que denunciara Mañach. El mito de la revolución se nutre de esa decadencia y suplanta, inadvertidamente para muchos, el ideal de la nación. Un megalómano, movido por un resentimiento antiguo y profundo, va a escamotearnos la libertad como en un juego de manos. La revolución en el poder, integrada por fanáticos e inquisidores, se propone, como tarea magna, la reescritura de la historia. Con este secuestro, el proyecto nacional acelera su degradación hasta lograr devolvernos —con algunas diferencias y pese a la supervivencia de algunos símbolos— a la plantación de la que alguna vez salimos.

Sólo una catástrofe de esta naturaleza puede explicarnos el envilecimiento de la sociedad cubana de hoy, y los empeños fracasados de nuestro exilio. La nación cubana, o su proyecto, no tiene continuadores orgánicos ni en Cuba ni fuera de Cuba. Hay en verdad algunos individuos y algunas agrupaciones que, modestamente, se esfuerzan en contribuir a su supervivencia; pero muchas veces este esfuerzo, por demasiado personal y modesto, es patético; otras veces, a fuerza de pomposo, es falso. Casi siempre es paródico.

Bien es cierto que la gestión totalitaria que dinamitara el cuerpo político y social de la república, deshaciendo algunas de sus instituciones más representativas como la prensa y los partidos políticos no se ha impuesto por casi cuarenta años sin oposición. En los primeros tiempos —especialmente en la

⁹ Jorge Mañach, *La crisis de la alta cultura en Cuba* (Miami, Edic. Universal, 1991), p. 27.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ *Idem.*

década del 60— esa oposición se articuló en organizaciones de carácter revolucionario: algunas que habían tenido vigencia en la lucha contra Batista y que resultaron desplazadas por Castro y los suyos, y otras que se crearon, dentro y fuera de Cuba, para responder al secuestro político. Sin embargo, aunque algunas de ellas contaron con la cooperación de figuras públicas y de individuos de algún prestigio moral e intelectual, ninguna pareció darse cuenta del naufragio de la nación y se organizaron en torno a agendas inmediatistas —que se agotaban en la remoción del castrismo y en el retorno al sistema pluripartidista— sin que mediara la reflexión profunda sobre las causas de la erosión del proyecto nacional y el desastre al que lo había empujado la «acción revolucionaria» luego del colapso de la república. Las organizaciones políticas cubanas que lograron sobrevivir —en el exilio— a la represión impuesta por el régimen totalitario se fueron convirtiendo en simples focos de opinión, cada vez más inoperantes y desgastados cuyo impacto en la población exiliada, y entre cubanos en general, era poco menos que nulo (la tardía excepción de la Fundación Nacional Cubano-Americana, que sí ha llegado a ejercer un cierto poder en la política norteamericana y a tener algún peso entre los cubanos del exilio, parece agotarse en estrategias de presión a corto plazo, y en simples proyecciones económicas para «la reconstrucción» de mañana, sin llegar a plantearse una reflexión a fondo de nuestra crisis nacional y, en consecuencia, sin proponer soluciones igualmente profundas y radicales).

Por su parte, la prensa cubana, que en vísperas de la revolución había alcanzado una visible pujanza —aunque ya venía muy agredida por la frivolidad— no logró reponerse del asalto totalitario. En casi cuarenta años, no existe en nuestra comunidad exiliada diario alguno ni ninguna publicación informativa de cualquier otra frecuencia que merezca seriamente ese nombre. La presencia en el exilio de editores, periodistas y empresarios no bastó para la supervivencia del periodismo cubano independiente.

Estas graves limitaciones o carencias no son casuales, se derivan directamente de la atomización de la sociedad cubana, de la feroz sacudida que descoyunta a sus clases dirigentes —que ya eran intelectualmente muy débiles— suplantadas por un improvisado liderazgo que, en el exilio, tiene escasísimo poder de convocatoria y credibilidad y que, en Cuba, se le impone al pueblo por la fuerza.

Al llegar a este punto no encuentro mejor ilustración que la peculiar historia de una isla del pacífico donde los norteamericanos, durante la Segunda Guerra Mundial, instalaron una base aérea que quedaría definitivamente desmantelada poco después de firmada la paz. Sin embargo, los nativos de la isla habían visto muchas veces la «ceremonia» del aterrizaje y despegue de los aviones, y decidieron reproducirla con los medios a su alcance. En la enmohecida torre de control de ese aeródromo abandonado, puede verse aún hoy a uno de estos indígenas que dice algunas expresiones absurdas en su lengua frente a un objeto tallado que quiere remedar un micrófono, en tanto otro corre con unas alas postizas por la pista cubierta de malezas guiado por un

tercero que imita al que hace las señales. Esta imagen, con todo lo que tiene de conmovedor patetismo, me parece, por momentos, una dolorosa parábola de la nación cubana, de lo que somos en comparación a lo que fuimos o a lo que, al menos, alguna vez nos propusimos ser.

CONCLUSIÓN

Sin embargo, esta visión desoladora no justificaría por sí sola esta reflexión. Si nada más hubiera que agregar a esta exégesis, a este obituario, sería mejor que los cubanos, prescindiendo de todo análisis, nos declararíamos en duelo permanente, porque ¿cómo podríamos, los que alguna vez creímos en la existencia y perfectibilidad de ese proyecto nacional, aceptar su extinción o, algo peor, su existencia permanentemente degradada y ridícula?

Frente a la gravísima crisis en que parece empozarse la sociedad cubana — sociedad que rebasa, gracias a una nutrida emigración sus fronteras naturales— nada hay más pertinente que la re-formulación del proyecto nacional que consecuentemente ha de partir de las raíces. Esa reformulación tendría que tener en cuenta, en mi opinión, las siguientes premisas:

- *Revisión histórica*, a la luz del pensamiento de los próceres fundadores y de la sociedad republicana concebida por ellos, que conllevaría, necesariamente, el rechazo del modelo «revolucionario» que, si bien resultó magnificado en la etapa actual, se inculcó en el pensamiento cubano durante generaciones y ha constituido una de las perversiones más nefastas del mismo. (En casi cuatro décadas, el primer documento que se acerca bastante a esta revisión es el que con el nombre de *La patria es de todos* suscribieron el año pasado cuatro activistas de la oposición que viven en Cuba y que se encuentran en la cárcel por ello).¹²

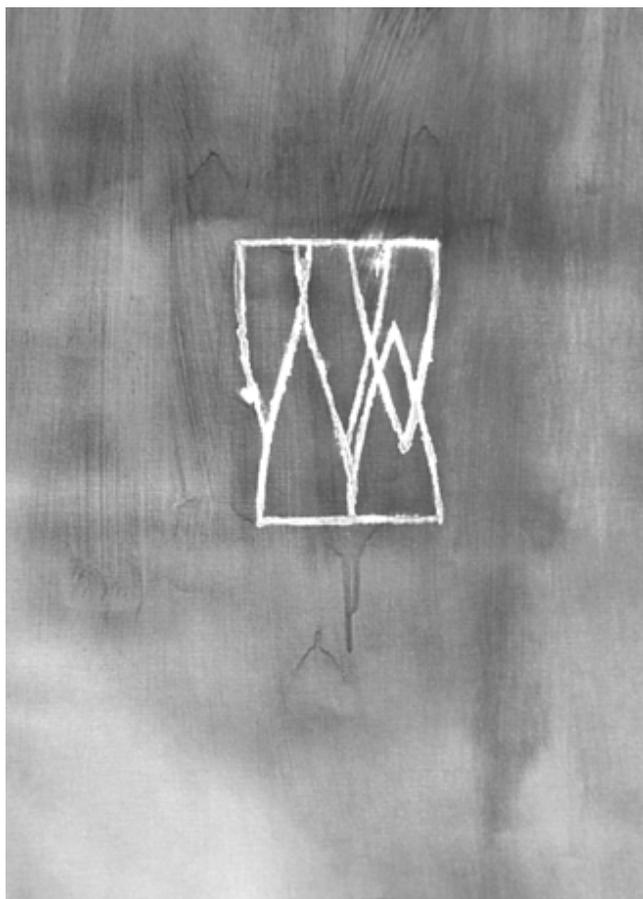
- *Alianza de las clases rectoras* de la sociedad (empresarios, políticos, intelectuales...) luego de casi un siglo de desconfianza y enemistad entre estas clases, de suerte que cultura, fortuna e interés político constituyan de nuevo los soportes mancomunados del proyecto nacional. Esta alianza la concibo más factible, de inmediato, en el fomento y desarrollo de alguna institución que —inspirándose en la desaparecida Sociedad Económica de Amigos del País— agrupe a individuos provenientes de diferentes posiciones políticas, seriamente comprometidos con la nación como un proyecto superior que rebasa la parcela de ideologías, filiaciones y «verdades» particulares, y en el cual tendrían cabida, por derecho propio, todos los ciudadanos.

- *Creación de amplias plataformas partidarias* para incluir, sin distinción, a cubanos que residen dentro y fuera de Cuba, quienes aspirarían y laborarían por

¹² Félix Antonio Bonne Carcassés, René Gómez Manzano, Vladimiro Roca Antúnez, Marta Beatriz Roque Cabello, que agrupados bajo el nombre de Grupo de Activistas de la Disidencia Interna en oposición a la plataforma del V Congreso del Partido Comunista de Cuba. El documento cuestiona radicalmente los supuestos básicos del castrismo, especialmente la identificación de la nación con la revolución. No es de extrañar la reacción del gobierno contra los autores.

reclamar y adquirir un espacio cada vez mayor en la sociedad cubana de ambas orillas. Esta acción, aunque costosa en recursos humanos y materiales, y no exenta de grandes riesgos y sufrimientos, ayudaría a sacar de su actual inacción a las fuerzas políticas del exilio que, al mismo tiempo, le brindarían un respaldo sustancial a los que se alinearán con ellos dentro de Cuba, y que obraría también como un factor decisivo en el aislamiento del régimen actual y de los que aspiran a convertirse en sus herederos.

El pueblo cubano no tiene hoy día mayor enemigo que su propio escepticismo, fruto de innumerables frustraciones y subproducto natural de la gestión totalitaria. Animar la fe en un destino colectivo es sin duda la primera tarea de cualquier *élite* que proponga de nuevo el ideal de la nación desde la arruinada plantación del presente.



Cabezas. Técnica mixta sobre papel (1998)